

**AXEL TORRES**  
**EL FARO DE**  
**DALATANGI**

**CONTRA**

*Jo l'enyor com segles de glaceres solitàries  
davallant mil·límetres cap as oceans,  
molt abans que habitassin sa Terra es éssers humans,  
no hi havia ningú per mirar-les, només crustacis i algues.*

«Icebergs i guèisers», Antònia Font, *Lamparetes*

Dirección editorial: Didac Aparicio y Eduard Sancho

Diseño y maquetación: Endoradisseny

Primera edición: Marzo de 2017

© 2017, Contraediciones, S.L.

c/ Elisenda de Pinós, 22

08034 Barcelona

contra@contraediciones.com

www.editorialcontra.com

© 2017, Axel Torres y Víctor Cervantes

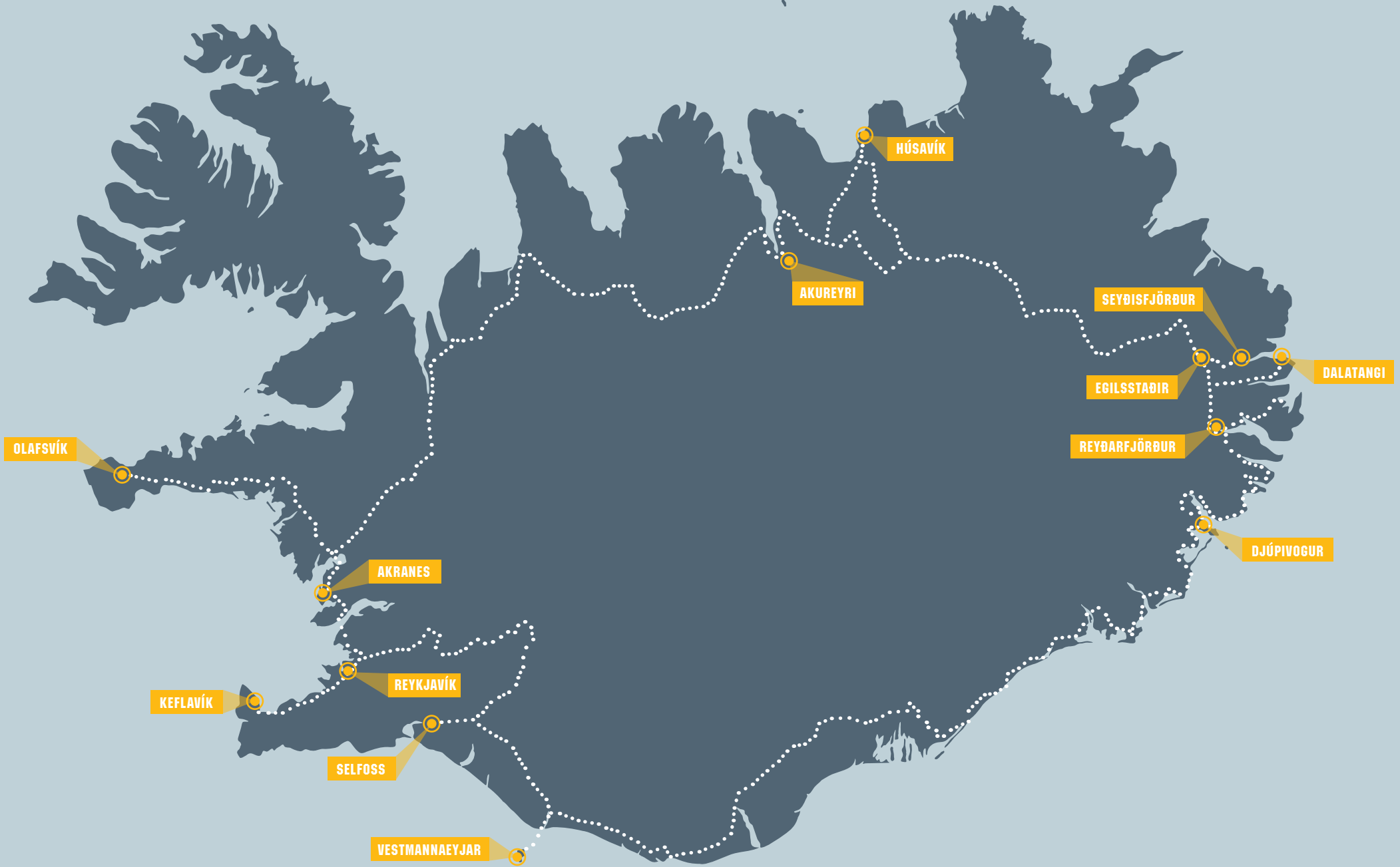
© 2017, Edu Ferrer, de las fotografías de sobrecubierta, cubierta e interior

ISBN: 978-84-946833-0-5

Depósito Legal: DL B 7154-2017

Impreso en España por Kadmos

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.



OLAFSVÍK

AKRANES

KEFLAVÍK

REYKJAVÍK

SELFOSS

VESTMANNAEYJAR

HÚSAVÍK

AKUREYRI

SEYÐISFJÖRÐUR

EGILSSTAÐIR

REYÐARFJÖRÐUR

DALATANGI

DJÚPIVOGUR



# 1

*Siempre que veo un primer beso, sé que es un primer beso. Y recuerdo mis primeros besos, mis escasos primeros besos, mientras me imagino en un bar —siempre en un bar— descifrando labios nuevos de rostros bellos, bellísimos, salvajes, apasionadamente entregados. Bares de pueblo en el invierno islandés, sexo en el pequeño cuarto de baño de madera mientras cae la nieve y se hiela la tierra. Si hubiese nacido aquí. Si hubiese nacido aquí todo habría sido más fácil. Menos gente, menos aleatorio todo, nos habríamos enamorado casi por descarte, pero nos habríamos enamorado de verdad. Seríamos el señor y la señora que regentan la gasolinera de la carretera que conduce hacia el faro y serviríamos café a los conductores que cada tres días se perdieran por aquí. Y miraríamos el mar, y la rutina nos haría perder el fuego, y el primer beso no sería más que un recuerdo, tan lejano como mis escasos recuerdos de primeros besos, y aun teniéndonos el uno al otro, y aunque compartiéramos mesa y mantel esta noche viendo las noticias del canal que emite desde la lejana Reykjavík, sentiríamos cierta envidia cuando en nuestro café, casi por azar, dos viajeros coincidieran y un rato después, atrapados por la nieve, tras conversar y conversar y conversar, se dieran un primer beso.*

Reykjavík aparece en las canciones como un lugar al que escapar cuando la vida se complica y los amores se rompen. Supongo que porque está lejos, porque está tan lejos que pensamos que los

problemas y las preocupaciones no podrán perseguirnos hasta allí. En realidad, está a cuatro horas de vuelo, y aquello que nos torturaba antes de partir nos acompaña también por las carreteras de paisajes lunares y géiseres humeantes. Los volcanes ya estaban allí antes de que ella no nos amara. Estaban allí antes de que ella naciera. Antes de que sus bisabuelos nacieran. Antes del primer sufrimiento de nuestros antepasados originales. A los volcanes les ha traído sin cuidado cualquier cuento de desamor, e incluso las muertes de hombres y animales. Estaremos enterrados, pulverizados, y seguirán manifestándose cada cierto tiempo, dibujando tierra nueva en el mapa de una Islandia cambiante y rabiosa. Alguien subirá hasta la cima y se sentará en el borde del cráter una tarde veraniega de esas que son eternas, que no se apagan, que ralentizan el momento mágico del cielo rosáceo, y se planteará qué hacer con aquel chico, con ese trabajo, cómo empezar el nuevo hit de post-rock. Creerá que el paisaje le inspira, pero al paisaje no le importa su vida en absoluto. El paisaje ha venido para quedarse. Nosotros no. Quizá por ello nos impone tanto. Quizá por ello nos regala horas de luz. Porque el tiempo le sobra. Y a nosotros no.

Supongo que no fui el primero que emprendió ese viaje, la ruta por la carretera circular que da la vuelta a Islandia, como una autopista hacia el nihilismo. Recuerdo con nitidez la primera toma de contacto con ese crepúsculo inescrutable, casi de atardecer permanente, que nos recibió al aterrizar en el aeropuerto de Keflavík. El vuelo había llegado alrededor de medianoche, pero todavía había luz. Estábamos en la pequeña oficina de una empresa de alquiler de automóviles y había una máquina de café gratuita para los clientes. Normalmente no habría tomado café a esa hora, pero decidí hacer una excepción precisamente porque era esa hora. Por si me entraba algo de sueño. No quería perderme el primer trayecto en coche, esa madrugada que es y no es, ese tráfico despejado porque al fin y al cabo la mayoría de la gente duerme, ese horizonte claro, no brillante pero tampoco oscuro. En la pared

había fotografías y mapas. Víctor localizaba las ciudades que había planeado visitar y trazaba con el dedo las rutas que debíamos seguir.

No sé si realmente él creía de verdad que a mí me interesaba su historia. Supongo que en el fondo sospechaba que no. O, al menos, no con la intensidad que simulaba. Pero, al fin y al cabo, ¿qué importaba? Él quería encontrar a Eiður Guðjohnsen y, sobre todo, entender qué factores exógenos convirtieron en un icono de rebeldía a aquel futbolista rubio que coincidió con figuras mucho más distinguidas en su amado Barcelona, uno de los equipos que mejor movió la pelota en la primera década del tercer milenio. Supongo que Víctor imaginó que yo era la persona adecuada para acompañarle, o, al menos, la que más fácilmente se dejaría convencer. Era una especie de engaño mutuo: yo fingía que esa búsqueda de las raíces y la infancia de Eiður Smári Guðjohnsen constituía el último desafío de mi carrera, pero en realidad quería aprovechar el viaje para escapar de mi vida, restañar heridas y localizar lugares donde la existencia pareciera más llevadera; él me prometía que lo que iba a mostrarme construiría una historia tan potente que podría ya retirarme de mis labores dentro de un mundo futbolístico cada vez más alejado de aquel amateurismo inocente tan íntimamente ligado a sus valores fundacionales. En su foro interno, sin embargo, albergaba dudas sobre el resultado final del proyecto y usaba aquel pretexto para lograr que alguien lo acompañara. Incluso los muy diferentes necesitan a veces compartir sus rarezas.

Cruzamos las pequeñas ciudades del área metropolitana de Reykjavík, la parte del país que menos interesaba a Víctor, porque ni era remota ni pertenecía a la vibrante y cosmopolita capital. A mí, en cambio, me interesaron desde que supe que albergaban a los clubes de fútbol más exitosos del país en los últimos tiempos. La carretera, de hecho, dejó a un lado el campo del Hafnarfjörður y me pareció ver en el marcador, aún encendido, que había ganado 1-0 en su partido de la fase previa de la Europa League.







Pero a nadie le importaba aquello. Ese, en cambio, era precisamente el fútbol que ya decididamente me atraía a mí. El que solo se podía ver en los campos porque las televisiones no se peleaban por sus derechos. El que no generaba largas polémicas en los programas y tertulias durante casi una semana. El que acababa un ratito después de que el árbitro pitara el final. El que te permitía compartir una cerveza con el jugador del equipo local en la taberna del pueblo la misma noche en la que había ganado, empatado o perdido. El que no incendiaba redes sociales ni foros de Internet, y si alguna vez lo hacía, mi desconocimiento de la lengua islandesa me mantendría a salvo. El fútbol, supongo, que jugó mi abuelo. Una burbuja en la que el fútbol no vivía en su burbuja.

¿De qué me había cansado? ¿Solo del fútbol? ¿Del fútbol en la sociedad tecnológica y espectacularizadora del siglo XXI? ¿De esa sociedad de ruido y toxicidad? ¿Del odio? El odio me provocaba migrañas recurrentes. Y no un odio concreto. Ya no el odio que pudiera percibir hacia mí en según qué momento o el que yo pudiera sentir hacia alguien, sino la pura presencia genérica del odio en el ambiente. El odio como concepto. Un odio que también a mí me atrapaba y del que parecía imposible escapar. Luchaba horas y horas, incansable e inútilmente, para no ser odiado. Me horrorizaba ser odiado. Y al mismo tiempo, escuchaba las noticias, leía tuits, me pasaban cortes de radio, y me encontraba también a mí, sin haberlo deseado, sin formar aparentemente parte de mi naturaleza, enrabiado al descifrar realidades que me parecían tristes o injustas. Y qué cansancio suponía la batalla.

«¿En serio estás escribiendo un libro de viajes por el fútbol de Kosovo y Albania?», me preguntó Víctor. «¡Yo tengo una historia mucho mejor! ¡Islandia! ¿Sabes que se van a clasificar para la Eurocopa? ¿Sabes que puede hasta que la juegue Guðjohnsen? ¿Sabes lo que ha representado Guðjohnsen en mi vida? ¿Por qué no cambias de libro y de país?».

Islandia. Sin ejército. Sin odio. Sin comunidades nacionales enfrentadas. Sin interpretaciones peligrosas de la historia. Canciones de Sigur Rós. Qué paz. Me las ponía para dormirme, para relajarme, para distender los músculos y transportar mi mente a universos silenciosos y harmónicos. Me los puse un fin de año en el que no quise ni saber cuándo cambiábamos de número. Qué gran idea, aunque la historia de Guðjohnsen estuviera cogida con alfileres. Tú dile que sí y quizá allí encuentres algo de paz. Mientras él busca a Guðjohnsen, tú busca un lugar. Un lugar donde quedarse. Un lugar donde esconderse. ¿Esconderse? ¿Tienes miedo? No es miedo. Es hastío. Mejor un lugar donde descansar. Un lugar donde los atardeceres no pesen y donde el cielo esté cargado de ligereza. Donde el aire sea puro porque más al Norte no haya más que mar y hielo. Un aire limpio, sin maldad, sin rencor.

Reykjavík nos fascinó ya en el primer paseo. Y luego, como si el contraste y los cambios de ritmo fueran inevitables y el tiempo quisiera dejarnoslo claro desde nuestra llegada, nos mandó la peor tormenta de agua del verano. Quizá Islandia quiso medir nuestro grado de pasión; dividir entre sus amantes incondicionales y los que aún debíamos aprender a entenderla. Víctor, supongo que aún hechizado por el tremendo espectáculo contemplado por la mañana, cuando dejó de llover y empezaron a salir músicos de todas partes —músicos callejeros, tocando trompetas y tambores mientras caminaban por las calles peatonales; compañías artísticas actuando al aire libre, cuerpos semidesnudos, cómplices y sugerentes, danzando al compás de una melodía salvaje— decidió mimetizarse con el entorno e ignorar por completo el diluvio. No tenía suficiente. Le daba igual que nos quedaran aún un par de días en Reykjavík; le daba igual que fuéramos a volver al final del viaje; quería seguir viendo ciudad, apurar la luz solar —aunque esta no fuera a desaparecer hasta que llegara el invierno—. No había tenido suficiente con los cafés decorados como casas antiguas, con

sofás de distintos colores y texturas, con las tiendas de discos en las que habíamos comprado los volúmenes I, II y III de *This Is Icelandic Indie Music*, con los restaurantes que te servían el bacalao pescado horas antes en ese océano que se olía en el aire, con la catedral y su campanario altísimo al que llegamos subiendo ascensores y escaleras mientras leíamos plafones sobre cómo se empezó a poblar la isla y por qué Islandia es Islandia y quién la cristianizó. Nada de esto era suficiente para un primer día. Sintió una gran curiosidad por un edificio moderno, una especie de torre en la que se aglutinaban despachos y oficinas, negocios nuevos y compañías de servicios al lado del mar. ¿Por qué teníamos que ir a ver eso en aquel momento, justo cuando estaba diluviando? ¿No se podía amar Islandia y querer protegerse de la lluvia al mismo tiempo?

El primer día ya discutimos. Me enojé tanto que decidí quedarme en el cálido apartamento, protegido entre edredones de invierno que me cubrían la piel de las piernas mientras los pantalones se secaban. Renuncié a acudir al primer partido de fútbol al que podíamos ir. Renuncié a visitar el estadio del que en aquel momento era el campeón de Islandia, el Stjarnan, el famoso equipo de las celebraciones sobreactuadas que se convertían en fenómenos virales en esas redes sociales que no entienden de pedazos de tierra aislados entre mares. Supongo que, también un poco por eso, a mí era el club islandés que menos gracia me hacía. Antes de dormirme, sentí que mi esperanza se desvanecía, como si toda ilusión se hubiera evaporado en aquellos gritos, como si la concordia se hubiera revelado imposible a las pocas horas de aterrizar en una isla que yo creía alejada del ruido. Me pregunté si no era imposible la paz mientras se cruzaran dos egos, y si no estábamos todos los humanos predestinados a chocar. ¿Qué quedaba después entonces? ¿La absoluta soledad? ¿Había que buscar parajes inhabitados? ¿Las huidas debían emprenderse imperativamente en solitario? Pero ¿acaso no me había atormentado unos meses antes en un viaje de teórico placer que había realizado a otro paraje similar por no tener

a nadie con quien compartir mis experiencias? Llegué a la conclusión de que aborrecía a mis semejantes y al mismo tiempo me daba pánico estar solo. Solo deseaba que la lluvia me sorprendiera al amanecer. La lluvia, el sol, o algún milagro similar.

El milagro se llamó Fram. El milagro, como tantas otras veces, gritó presente cobrando la forma de café y música. Otro lugar cálido en la mañana de Reykjavík, una mañana de fruta y cereales, de perdón y entendimiento, de reconciliación. Cómo facilita la comprensión y el olvido el cielo azul y puro cuando ha escampado la tormenta. Esa especie de volver a empezar cósmico que parece recomendar a los pobres individuos que nos movemos insignificadamente por debajo del crepúsculo que hagamos como él, que consideremos enterrada la tormenta. Dejé de reprocharle a Víctor que hablara de lo maravilloso que había sido el ambiente en el campo del Stjarnan y entendí que el nuevo día nos brindaba nuevas oportunidades. Consultamos una de esas aplicaciones que sabrían decirte a qué hora juega el hijo de tu primo hermano y descubrimos que esa tarde, incluso antes de lo que para nosotros sería la hora de comer, el Fram Reykjavík jugaba como local un partido de segunda división islandesa. El Fram, en cierto modo, también hizo acto de presencia en el momento adecuado. Entre todos los clubes posibles, entre todos los equipos de la isla, tenía que ser el Fram. El Fram me evocaba recuerdos de niñez, de cuando cualquier partido televisado parecía importantísimo y se te quedaba grabado en la memoria. El Fram había jugado una eliminatoria contra el Barcelona de Cruyff, Zubizarreta, Stoichkov, Laudrup, Koeman y Bakero... De aquel equipo por el que todos los niños que crecimos cerca de Barcelona sentimos cierto cariño en algún momento, por mucho que luego nos situáramos lejos de la devoción por el club azulgrana. El Fram de Reykjavík era el antiguo piso de la calle Zurbano, o el pequeño televisor en el comedor de la abuela justo encima de la tienda de mis padres, donde tantas tardes veía fútbol mientras esperaba que ellos cerraran y nos fué-



ramos hacia casa bajando la Rambla. El Fram era una época de mi vida que ya no existía y que añoraba; el Fram era una época del fútbol que se había evaporado y que echaba de menos con la misma intensidad con la que entonces, en aquellos primeros días del viaje islandés, la confusión me había llevado a buscar rincones ocultos donde fantasear con la idea de que todo podía volver a empezar: yo, la pelota, una historia distinta.

De repente me encontré abriendo dos pestañas en el navegador del teléfono móvil: en una reproducía un vídeo de Youtube de ese Fram 1 Barcelona 2 de la Recopa de Europa 90-91 —mi primera temporada como aficionado al fútbol; la más bella, tierna e inocente que siempre existirá— y en la otra consultaba las coordenadas para encontrar el lugar en el que el Fram del presente iba a jugar en pocas horas un partido de segunda división contra un equipo llamado Grindavík. En la primera, me di cuenta de que Laudrup era aún mejor de lo que yo recordaba: bailaba en ese césped castigado por el invierno islandés y hacía cosas que ahora no se ven (se ven otras, pero esas no). Y de repente saltaba un espontáneo al terreno de juego completamente desnudo, tan desnudo como los hombres que aparecen cruzando una carretera en la portada de ese disco tan bueno de Sigur Rós, y todo parecía cobrar sentido. La transmisión gélida de principios de los noventa, la clase de un danés que nos dio lecciones magistrales de estética, el desafío contracultural de los desnudos televisivos que desafían el frío polar... Si en esa tarde de 1990 no fui capaz de enamorarme de Islandia fue por mi culpa: los ingredientes ya estaban allí. Me salió entonces un gesto algo triste: intuía que en el Fram-Grindavík no veríamos nada de eso.

Pero esa nostalgia amarga duró poco. Pronto me ocupó la mente la búsqueda del terreno de juego en el que teóricamente se disputaba el partido. Las informaciones contradictorias nos llevaron primero al estadio nacional Laugardalsvöllur, donde el Barcelona había jugado en 1990 y que ahora era el recinto en el

que ejercía de local la pujante selección nacional islandesa. Había sido la casa del Fram durante muchos años, pero cuando llegamos a la puerta nos pareció evidente que allí no se estaba celebrando ningún encuentro de fútbol. Había un niño pasándose una pelota con su padre en un pequeño campo contiguo y un par de personas desorientadas llegadas de Italia que también andaban buscando el lugar correcto —nunca supimos realmente qué les había llevado hasta allí, aunque probablemente ellos pensarían lo mismo de nosotros—. Nadie, de entre todos los transeúntes consultados, parecía tener claro por qué el Fram-Grindavík no se estaba disputando allí ni dónde se jugaba en realidad. Para ser más claros: nadie parecía saber que ese día había un Fram-Grindavík y nadie parecía muy preocupado por ello.

Solo una persona, tras varias búsquedas en google y traducciones on-line, supo indicarnos un lugar, lejos del centro de la ciudad, en el que quizá se estuviera jugando el partido. Hacia allí nos dirigimos. Cuando llevábamos ya más de una hora dando vueltas y resultaba evidente que el encuentro debía de andar ya cerca del descanso, me imaginé la escena desde muy lejos, observándola como espectador externo, poniendo la lupa encima de esos dos chicos extraviados que recorrían carreteras a medio construir y se adentraban en barrios residenciales aún no acabados en las afueras de la capital más septentrional de Europa para ir a ver un partido de fútbol de segunda división que no parecía interesar ni a los lugareños. «Esta es la dimensión exacta de tu confusión y de tu pelea con el mundo», me dije. «Y hasta aquí has llegado para encontrar algo que no sabes ni qué es». A lo lejos, descendiendo por un camino laberíntico que rodeaba los modernos bloques a los que iban a mudarse los habitantes de Reykjavík que se cansaran de vivir en el supuesto bullicio de la urbe, aparecía un campo de césped artificial con una pequeña grada de aquellas desmontables y provisionales, con sillones de plástico entre andamios. Y sí, se veía jugar a un equipo que iba de blanco contra otro que iba de amarillo.